

Querida familia:

Os escribo esta carta sintiendo la necesidad de compartir con vosotros unos pensamientos que el Señor me ha inspirado, por si os sirven en esta celebración del 400 aniversario de mi descubrimiento de la pobreza y los pobres, *el Carisma vicenciano*, llamaís ahora. Pues bien, viví en una época en que comprobé claramente que **“el mundo está empapado de doblez, el mundo está tan corrompido que no se ve más que artificio y disimulo por todas partes...”** (XI, 587). En el plano político, social, cultural: la mentira, la astucia, la ambición, la apariencias...llenaban el siglo XVII en mi país.

En oposición a estas actitudes de los grandes, encontré la fe de los sencillos, que “creen sin examinar cuidadosamente”, y de los que se puede uno preguntar: **“¿Dónde habita nuestro Señor? En los sencillos de corazón”** (IX, 726).

Me resolví pues, a adoptar enérgicamente una conducta para mí, que no consistiera en ninguna clase de “fingimiento” (Cf. V, 440) y puse mi empeño en que la sencillez fuera la primera virtud de nuestra Congregación de la Misión, la primera que tendría que practicar y por la que se la pudiera reconocer, porque para mí **“La doblez es la peste del misionero”** (XI, 587).

A los grupos laicos de las Cofradías de Caridad y a las Hijas de la Caridad también les recomendé la sencillez entre las virtudes básicas, y les dí, como ejemplo, a estas últimas la forma de actuar que se encuentra entre las **“muchachas campesinas”** (XI, 92), como Margarita Nasseau, que fue la primera “que indicó el camino a las demás.”

Comprobé que, viviendo la sencillez, podía a la vez acercarme a Dios y acercarme a los Pobres. Al considerarla como **“mi evangelio”** (Cf. IX, 546), llegó a ser para mí un espíritu, un estilo de vida. Y ésta es una gran verdad: **«Dios es infinitamente simple, es la misma simplicidad; por tanto, donde hay simplicidad y sencillez, allí está Dios.»** (XI, 740). Y esa sencillez yo la ví en la vida de los pobres, en su fe: **“Dios los ha enriquecido con una fe viva; ellos creen, palpan, saborean las palabras de vida. Lo ordinario es que sepan conservar la paz en medio de sus penas y calamidades. ¿Cuál es la causa de esto? La fe. ¿Por qué? Porque son sencillos, Dios hace abundar en ellos las gracias que les niega a los ricos y sabios del mundo»** (XI, 462).

Esta aproximación a Dios me inspiraba continuamente a animar a vivir la sencillez a mis hermanos, sacerdotes, y así lo escribimos en las Reglas comunes: **«Como nuestro Señor pide de nosotros (...) decir las cosas con toda sencillez, como se las piensa, sin reflexiones inútiles, y en obrar buenamente, sin artificios ni complicaciones, mirando solamente a Dios, por eso cada uno se esforzará en hacer sus actos con este mismo espíritu de sencillez»** (XI, 459-460). Y a las Hijas de la Caridad: **«Os diré, pues, mis queridas Hijas, que el espíritu de las verdaderas aldeanas es sumamente sencillo: nada de finuras, nada de palabras de doble sentido; no son obstinadas ni apegadas a su manera de pensar, porque la sencillez les hace creer simplemente lo que se les dice...(XI, 92).**

«Que las Hijas de la Caridad tienen que guardarse mucho del espíritu de doblez. Hay que decirlo todo a los superiores con sencillez; no hay nada que no se deba decir, aunque no es necesario decírselo a todos. ¿Sabéis, Hermanas mías, dónde habita nuestro Señor? En los sencillos de corazón» (IX, 726).

Vuestro indigno siervo,

